

les daban, sin formar parte de su grupo, marchaba una dama cubierta por un denso velo, la cual se detuvo súbitamente al divisar á la señora Berthauld y á Luciano.

Al mismo tiempo, éste reconoció á Diana y no pudo menos que estremecerse.

—¿Qué os pasa? preguntóle su compañera.

—Nada, contestó intentando reponerse; servíos venir conmigo.

Y encaminóse resuelto al encuentro de su mujer.

Este era el único partido que podía tomar.

Cuando llegó á su presencia, volvióse hácia María, y dijo en alta voz:

—Permitidme, señora, que os presente á mi mujer.

Y dirigiéndose luego á esta:

—Querida amiga, añadió, os presento á la señora Berthauld.

—¡Oh! he reconocido perfectamente á la señora, dijo al momento Diana, cuyos rasgos contraía y cuya voz velaba una violenta cólera; no he tenido el honor de encontrarla, mas de una vez, en los baños de mar y en Nantes? y, además, añadió, no pudiendo ya contenerse ¿no la ha señalado desde há largo tiempo á mi atención el rumor de sus amoríos?

—¡Oh! exclamó María.

—¿Qué extrañais, señora? repuso Diana. Me refiero á vuestros amores con mi marido. Paréceme que si álguien tiene el derecho de aludir á ellos, soy yo.

Iba la señora Berthauld á contestar, cuando interrumpiéndola Luciano, dijo secamente á su mujer:

—Advertid que no os he presentado á la señora para que os permitáis hablarle de esa suerte.

—¡De veras! exclamó ella. Olvidais, sin duda, querido, que esta presentacion era forzosa. ¡Ah! os creen en Nantes, en el Tribunal ó en vuestro despacho y os paseais en Saint-Nazaire, dando el brazo á...

—Callad, señora, dijo Luciano, interrumpiéndola; os suplico que os calleis.

Y volviéndose hácia María:

—Señora, añadió, voy á tener el honor de acompañaros hasta vuestra morada.

—¡Bravo! exclamó Diana; se me deja sola, á bordo de este navío, á mí, á la mujer legítima y se acompaña á la...

Iba, sin duda, llegada al paroxismo de su cólera, á pronunciar la palabra: *querida*.

Luciano, que lo estaba temiendo, interrumpiéndola otra vez mas, y dijo:

—Nadie os impide venir con nosotros, y tambien os acompañaré. Pero no debo abandonar á la señora que me ha hecho la honra de salir conmigo, hasta y tanto que la haya dejado en su casa. Nunca podia imaginar, añadió, que os encontraria en este navío...

—Evidentementé, dijo ella, pues de ser así os hubiérais ocultado mejor uno y otro y no habriais salido de la casa donde os encerrais desde há dos meses. La conozco, sí; está muy bien situada y es completamente solitaria. ¡Ah! trabajo me ha costado descubrirlos; pero al fin lo he logrado.

—Venid, señora, dijo Luciano á María, sin contestar á su mujer y alejándose de ella.

Por un momento, preguntóse Diana si los separaria violentamente, para apoderarse del brazo de su marido.

Tuvo, empero, la fuerza de resistir á este deseo.

Sin embargo, cuando les vió poner el pié en la plancha que desde el puente de los buques conduce al muelle, cruzó por su espíritu una idea infernal:

«Si me abalanzara sobre ellos, dijose, los dos caerian al mar, y yo quedaria vengada.»

Pero, por dicha, hallábanse ya en tierra firme antes de que Diana hubiese hecho el menor movimiento.

Esta permaneció un instante contempládoles, indecisa sobre qué partido tomar.

Luego, en un intervalo de lucidez, abandonó el navío, dirigiéndose á toda prisa á la estacion del ferro-carril.

Tomó el tren de las cinco, y á las siete estaba en Nantes.

Luciano, que no habia podido partir hasta la seis y media, entró en su casa á las nueve.

Halló á Diana instalada en su despacho.

Ella guardó silencio un rato, dejándole recorrer la correspondencia recibida durante el dia.

Despues, encaminóse lentamente hácia él y con acento en que se traslucia una de esas cóleras frias y por lo tanto terribles, exclamó:

—¿Por lo visto, teneis una querida?

Luciano esperaba un ataque de esta índole y habia llamado en su auxilio toda la sangre fria de que era capaz.

Así, pues, contestó con voz firme, aunque tranquila:

—Sois injusta para con la señora Berthauld y para conmigo. Una mujer no ha de ser necesariamente laquerida de un hombre porque se pasee con él á la faz de todo el mundo, y en pleno dia.

—¡A mí con esas! repuso ella. Cuando á la tal mujer se la ha conocido de soltera, cuando se la ha amado, y ha correspondido, cuando ha quedado viuda y dueña de sus acciones, cuando el hombre se oculta para ir, cada semana, á encerrarse horas enteras con ella en una casa aislada ¡ah! si estas pruebas no son suficientes, entonces...

Callóse.

La cólera le impedia encontrar la espresion que buscaba.

Luciano, siempre con la misma tranquilidad, contestó:

—Os engañais; repito que os engañais.

—¡De veras! repuso ella; y decidme ¿me engaño tambien, cuando afirmo que vos la amais?

Guardó silencio Luciano.

—Pero, contestadme, exclamó ella, contestad. ¿No veis que eso es lo mas importante? ¡Qué me importa á mí que esa mujer haya sido vuestra querida, si no la amais ya, si solo es á mí á quien amais siempre, si no habeis tenido por ella mas que un capricho momentáneo, una fantasía...!

Detúvose, para que pudiese responder Luciano, mas éste permanecia mudo.

Tal silencio, tanta sangre fria la exasperaron.

Hubiera querido que su marido la contestara, no importa el qué, que intentara engañarla, que mintiera, con tal de oírle hablar y defenderse.

Empero, si la calma de Luciano redoblaba la cólera de Diana, aumentaba al mismo tiempo su pasion, por efecto del fenómeno que mas de una vez hemos señalado.

Lo que se le resistia era para ella un estimulante; lo que le oponia algun obstáculo exaltaba su imaginacion.

En tanto que le maldecia interiormente, admiraba su desdeñoso sonrís, su severo mirar, su tranquilo continente.

Y en verdad que Luciano no mostraba la menor turbacion.

Hubiérase dicho que el juez era él; y la acusada, ella.

Ella hubiera querido hincarle las uñas en sus carnes, estrangularle entre sus manos y al mismo tiempo estrecharle en sus brazos y pegar sus labios á su boca.

Así, pues, de repente, abalanzóse á Luciano d'Aubier, cogiéndole las muñecas y mirándole cara á cara, en el blanco de los ojos, dijo:

—Escucha: haya sido tu querida, ó no lo haya sido, no quiero saberlo, y te perdono. Que la hayas amado y que sientas todavía por ella algun afecto, consiento en ello y te escuso! Pero dime que me amas, dime que me deseas, dime que me quieres!

Luciano ni siquiera despegó los labios.

Entonces, desatinada, llegada á ese paroxismo de locura en

que no se sabe ya lo que se dice, ni lo que se hace, en que se pisotea toda prudencia, en que se deja á la vez desbordar la conciencia y salir á chorros los remordimientos, soltó Diana sus muñecas, dejóse caer sobre su sillón y apretando su cabeza entre sus manos:

—¡Miserable! ya no me ama, rugió... y por él me hice criminal, por él maté á mi marido!

Si tan imprudentes palabras hubiesen producido una viva impresion en Luciano, tal vez hubiera ella recobrado la suficiente dosis de razon para regarlas, ó esplicarlas á su modo.

Mas Luciano no las habia comprendido.

Pensó tan solo que su mujer hablaba en sentido figurado y que, en el desórden de su espíritu, decia haber matado á su marido, simplemente porque habia deseado su muerte.

Así pues, ni siquiera se conmovió, y como ella estaba empeñada en conmovertle á toda costa:

—Sí, yo le maté, repuso ella, le maté, porque el término de los tres años que te pedí, se aproximaba, porque queria reunirme cuanto antes á tí, porque *él* nos separaba, porque tardaba demasiado en morir... ¡ah! tú no me crees, tú no crees que yo te haya amado hasta este extremo, ingrato!... ¡Pues bien!... ¿te acuerdas de aquella noche en que vine aquí?... ¿sabes?... aquella noche en que me entregué á tí por vez primera... ¿qué hacias tú, cuando entré?... ¿Has olvidado que estudiabas un importante proceso criminal? Tratábase de un hombre que habia envenenado á su suegra... ¡oh!... tengo muy buena memoria... ¿no recuerdas que me enseñaste varios paquetes de arsénico, que á la sazón estudiabas, que analizabas?... dos de aquellos paquetes, dijiste, bastarian para matar á un hombre... Un instante despues, saliste del despacho para ir á cerrar las puertas que dan al patio... ¿no recuerdas?... Entonces, aprovechando tu ausencia, te robé, no dos paquetes de arsénico, porque quizá hubiera podido frustrarse mi golpe,

sino que te tomé tres, para estar mas segura... Al poco tiempo supiste que era viuda... ¿me crees, al fin?

Sí, la creia, porque á estas frases, pronunciadas con demasiada pasion para no ser verdaderas, venia á añadirse el hecho, el hecho brutal: la desaparicion de los tres paquetes, de que en aquella época se apercibió, sin jamás habérsela podido esplicar.

Esta vez él fue quien se abalanzó á Diana, y la agarró por las muñecas, esclamando:

—¡Miserable! ¡miserable!

—¡Ah! rugió ella ¡por fin te has conmovido! ¡menester te son crímenes para conmovertte!

Soltóle él las muñecas; hizo un esfuerzo supremo para recobrar su sangre fria; consiguiólo, y despues de haber recorrido la estancia á grandes pasos, por un breve rato, volvió hácia su mujer, y le dijo con feroz acento:

—Ya os hareis cargo de que en adelante no podemos vivir juntos. Retiraos á vuestro aposento. Mañana ireis á reuniros con vuestro padre en París. Toda la fortuna del señor de Sery es vuestra; os la restituyo, y con ella sois lo bastante rica para que no tenga yo que inquietarme por vuestra suerte.

—¡De veras! exclamó ella irguiéndose ante él; ¿de este modo arreglais mis asuntos? ¿así disponeis de mí y de vos? ¿Con qué yo me iria á vivir en París y vos en Saint-Nazaire, sin duda, á no ser que hiciéseis venir, lo cual es mas probable, á vuestra querida aquí? ¿Con qué yo habria matado á un hombre; con qué yo habria merecido el cadalso, ó cuando menos la galera, para lograr tan bellos resultados? ¡Vaya! estais loco, y veo que no me conoceis... Escuchad. Actualmente estoy serena, lo mismito que vos. Oid. No solo la confesion que acabo de haceros no me perderá, no me perjudicará, sino que además quiero que me sea útil! No saldré de esta casa, ni tampoco vos, y si llegara á suceder que volviéseis á ver á la señora Ber-

thauld, no pasaria una hora, tenedlo entendido, no pasaria una hora sin que toda la magistratura de Nantes, toda la policia, toda la ciudad en peso, supiesen que envenené á mi marido y que vos fuisteis mi cómplice.

—¡Desventurada!

—Y ¿quereis saber qué pruebas daria yo á los jueces de vuestra complicidad, pues, en cuanto á mi crimen, no deja lugar á duda, lo confieso, atendido á que todavía es tiempo de encontrar el arsénico, practicando la autopsia? Estas pruebas las dividiria yo, como vos y vuestros colegas las dividís ante el Tribunal, en pruebas morales y en pruebas materiales. Las pruebas morales son: el amor que me profesábais, la peticion de mi mano, la oposicion de vuestra madre porque yo carecia de dote, mi casamiento con un hombre rico, casamiento probablemente concertado con vos, la visita que os hice, y la muerte que se siguió á ella... En fin, un año mas tarde, nuestro propio casamiento... ¿Quereis ahora conocer mis pruebas materiales? Varias existen, más una sola bastará. Vos os hicisteis entregar, por un farmacéutico de Nantes, diez paquetes de arsénico, con objeto de analizarlos ¡vaya! con objeto de proporcionarme parte de ellos, y en efecto me la proporcionásteis, toda vez que no podeis presentar mas de siete paquetes. Notad tambien que la muerte del señor de Sery coincide á pedir de boca con mi visita clandestina á Nantes y con la entrega del arsénico. Concluid ahora, señor Procurador imperial, vos que tantas veces habeis concluido contra los demás... ¡oh!... bien sabeis que se os condenará, y si, por azar imposible, no lo fuerais, quedariais perdido y deshonorado para siempre... He dicho cuanto tenia que decir. Me retiro á mi aposento, como habeis ordenado; pero mañana, todavía permaneceré en esta casa, y es fuerza ¿ois?, es fuerza que os encuentre tambien en ella.

Diana se alejó.

Luciano cayó aterrado, sin fuerzas, sin ánimo, sin ideas. Cuando hubo conseguido dominar este primer movimiento de debilidad, intentó analizar la nueva situacion que se le imponia.

Y ante todo, preguntóse si estaba soñando, si la acusacion que Diana habia formulado contra sí misma era formal, si sus confiancias eran sinceras.

«Tal vez, decíase, al ver que yo me le escapaba, ha intentado intimidarme y retenerme por miedo.

«Negábame yo á ser su amante, y ha querido hacer de mí su cómplice.»

Empero, no pudo mecerse largo rato en tan seductora esperanza. Las revelaciones de Diana habian sido demasiado claras, demasiado precisas, y ¿por qué no decirlo? el crimen era demasiado probable, para que le fuese dado ponerlo en duda. Y él habia creido en aquella miserable, y él la habia amado, y él habia vivido varios años junto á ella!

¿No debia, como hombre honrado, como marido, como magistrado, hacerla arrestar *incontinenti*, sin mirar atrás, sin preocuparse de los peligros que podia correr él mismo!

No se atrevió á entregar á la justicia á la mujer á quien habia amado y que le amaba, con un amor ultrajante, con un amor de réproba, pero que, en fin, le amaba. Tuvo miedo del escándalo que recaeria sobre su nombre, aquel nombre sin tacha que su padre le legara, aquel nombre que cada dia se esforzaba en ennoblecer mas y mas. Tuvo tambien piedad de su pobre y anciana madre, á la que un suceso tan terrible mataria de repente.

Por lo que respecta á la cuestion de complicidad aducida por Diana, rechazóla largo tiempo; no queria que ella pudiese entrar en línea de cuenta en su conducta; rehusábase, sobre todo, á admitir que una tan enorme monstruosidad pudiese alcanzarle. Sin embargo, menester le fue, despues de haber desmenuzado los demás puntos, contemplarla de frente. Con-

sideró esta cuestion como si no se hallase directamente interesado en ella. Estudióla en su cualidad de magistrado, de Procurador imperial. Diana no era su mujer; era simplemente una mujer que comparecia ante él y que, despues de haber confesado su crimen, acusaba á su marido de complicidad. Examinó, una por una, las pruebas todas que ella acababa de darle sobre el asunto. Clasificólas, las escrutó, las escudriñó, por decirlo así. Hizose comparecer á sí mismo, se interrogó y se respondió. Terminado este estudio, acabada esta instruccion, vióse precisado á reconocer que debia solicitar una orden de arresto contra el marido de Diana d'Aubier y que, sin duda alguna, el Tribunal no dudaria en confirmar la tal orden.

Así, la posicion era sumamente clara:

Comparecer ante el Tribunal del Crimen, ó vivir con una miserable que le daba horror.

Pesó largo rato el pró y el contra de estas dos situaciones, y finalmente, acabó optando por la última.

Continuaria viviendo con su mujer.

Únicamente que, á esta resolucion, impúsole la siguiente ligera restriccion:

«Cuando no podré sobrellevar mas la existencia, me mataré.»

Despues de haber permanecido toda la noche en su despacho, á las ocho de la mañana enteróse de la correspondencia recibida, como si nada de particular hubiese ocurrido en su existencia desde el dia anterior. Despues vistióse y se dirigió á la Audiencia, donde habló por espacio de tres horas sobre una causa civil de las mas embrolladas, que supo poner en claro ante los Jueces.

A las seis, sentóse á la mesa, frente á Diana; cambió con ella, en presencia de los criados, algunas frases triviales, y salió, encaminándose á casa de la señora d'Aubier madre, quien, al verle amable y afectuoso como de costumbre, no pudo sos-

pechar ni por asomo las terribles emociones porque su hijo acababa de pasar.

Los dias subsiguientes parecióronse en un todo á este. No se le encontraba en su casa sino á las horas de comer. Pero habia seguridad de hallarle en la Audiencia, ó en casa de su madre, ó en el camino que conduce del bulevar Delorme á la calle Lafayette y al Tribunal.

Los dias festivos, cuando no habia Audiencia, encerrábase en su despacho todo el dia y á veces toda la noche. Un trabajo tenaz y contínuo le permitia olvidar el horror de su situacion y vedaba á su imaginacion que se estraviase por las regiones de Saint-Nazaire. Con su mujer, gracias á enérgicos esfuerzos, y á una sorprendente fuerza de voluntad, mostrábase estrictamente cortés y atento. Jamás se le escapaba un gesto de impaciencia, un movimiento de mal humor, una frase ofensiva.

Nunca era el primero en dirigirle la palabra; pero cada vez que ella le interrogaba, contestábale con cortesía, y continuaba la conversacion si ella la habia comenzado.

Únicamente evitaba toda alusion peligrosa, toda discusion, y procuraba no dar pretexto alguno á los reproches y á las recriminaciones.

Mostrábase, en una palabra, resignado, sin afectacion y sin farfantonería.

Esta cuerda actitud, á no haber sido ordenada por las circunstancias, era la mejor que podia elegir para vengarse de Diana.

Despues de las terribles confiancias que la cólera y la pasion le arrancaran, ésta habia debido, cuando la calma sucedió á la tempestad, intentar sacar á plaza su confesion y disminuir su efecto.

Mas Luciano, con un cuidado extremo, evitaba una explicacion, y ella no osaba provocarla.

Nó, nó lo osaba, y esto no debe sorprendernos.

Audaz, descocada, hasta cínica, bajo el impulso de un sentimiento exaltado, y dominada por la pasión llegada á su paroxismo, volvíase, en las circunstancias ordinarias de la vida, tímida casi en presencia de su amado, temblaba ante su víctima.

Moríase del deseo de gritarle:

«Tu frialdad, tu desprecio me asesinan.

«Déjame explicarte como me hice criminal.

«Te he dicho mi falta, bruscamente, sin detalles, sin preparación.

«Tú, solo conoces el hecho brutal.

«Tú no sabes lo que pudo acarrearlo, ni en qué circunstancias se produjo.

«Cuando te sustraje ese veneno, no estaba yo resuelta á valerme de él; no habia aun decidido friamente la muerte del señor de Sery.

«Hasta ignoraba si tal vez serviria para mí misma.

«Largo tiempo aguardé, largo tiempo esperé á quedar libre y ser tuya, sin mancillar mi alma con un crimen.

«Pero los dias sucedíanse á los dias, y yo decíame sin cesar que tú acabarias por ceder á las instigaciones de tu madre.

«Pensaba continuamente en esa bella María á la que podias llegar á amar; estaba celosa, estaba enferma, estaba loca y... una noche... sucumbí... propinando el terrible tósigo...

«¡Oh! no fue el veneno lo que le mató... no hizo sino rematarle...

«Bien sé que no por ello soy menos miserable; pero, no me confundas tú, por quien cometí el crimen, tú, á quien he amado hasta el punto de caer en tanta infamia, tú, por quien no he vacilado ante el temor de comparecer un dia á presencia de los jueces y de morir en un cadalso.»

Empero ella no podia decirle todo esto, friamente, si no la inducian, y su marido no la inducia, ni remotamente.

Ni siquiera tenia el recurso de dirigirle alguno de esos repro-

ches que inevitablemente hubieran acarreado una contienda de que habria sacado provecho.

En efecto ¿qué hubiera podido echarle en cara?

Le habia prohibido insistir en hacerla salir de su casa, y Luciano no habia vuelto á hablar de tal partida.

Le habia prohibido alejarse, y desde entonces jamás se vió á Luciano en otro camino que en el que conducia á la Audiencia y á casa de su madre.

Finalmente, ella no queria que volviese á ver á María, y tenia pruebas hartas de su obediencia sobre el particular.

¿Qué podia, pues, decir; qué podia, pues, hacer?

¿Estaba condenada á vivir siempre de aquel modo?

¿Su alma hirviente permanecería siempre silenciosa?

¿Sus sentidos no serian nunca apaciguados?

¿No podria salir mas de este mar de hielo que la circuió por todos lados?

Y Luciano, con su implacable resignacion, en vez de ser su víctima, no acabaria siendo su verdugo?

Durante una calurosa noche de Julio, en que el sueño huia de sus párpados, en que mil recuerdos, mil imágenes se agolpaban en su espíritu, y en que su vagabunda imaginacion la torturaba mas aun que de costumbre, saltó de repente de la cama, echóse una bata encima, atravesó el salon que separaba su cuarto del de Luciano, y llamó á su puerta.

Este no contestó.

Ella, abrió.

La habitacion estaba iluminada por una lámpara, y Luciano, recostado en un sillón, junto á la ventana, abierta de par en par.

Como á ella, el calor, la tempestad que se condensaba en la atmósfera, ó tal vez pensamientos crueles, le impedian tambien conciliar el sueño.

Volvió la cabeza hácia ella, al verla entrar, pero no pareció admirarse de su presencia y ni siquiera se movió del sitio.

Entonces, ella se abalanzó hácia él y posternándose á sus plantas:

—Perdon, perdon! murmuró.

—¿Perdon, preguntó él, y de qué?

—Perdon de mi crimen!

—¡Vuestro crimen! ¿qué crimen? No sé lo que quereis decir! No quiero que hayais sido criminal; os prohibo que me lo recordéis!

—En ese caso, exclamó ella levantándose, y estrechándole en sus brazos, déjame que te ame!

Él no opuso la menor resistencia á sus trasportes.

Mas aun; abandonóse á ellos, como antaño, en los primeros tiempos de su matrimonio.

¿Qué le importaba una vergüenza mas?

Y, por otra parte, no habiéndole sido suficientes para matar su pensamiento el estudio y el trabajo que había llamado en su auxilio, ensayaba ver si lo lograria con el libertinaje.

Quizá esta vez la materia llegaria á dominar al alma, quizá la bestia venceria al espíritu.

A esta primera noche, siguiéronse otras y otras, sin interrupcion.

Diana pudo llegar á hacerse la ilusion de que nunca habia sido amada tanto.

En cuanto á Luciano, cuando todavía le acontecia pensar, preguntábase si el crimen no estimula la pasion, si aquel infame envenenamiento, aquella muerte horrible que se erguian sin cesar entre su mujer y él, no inflamaban su imaginacion y no habian de repente despertado sus nervios y sus sentidos.

Solo durante el dia volvia á ser el hombre impasible, el hombre frio, el hombre apático.

Continuaba yendo siempre al Tribunal con igual exactitud y peroraba con igual talento.

Nadie hubiera podido sospechar lo que pasaba en su interior, ni la existencia que llevaba.

Pero no se gasta así la vida impunemente,

Las fuerzas humanas, sea cual fuere la voluntad que las sostiene, tienen sus límites.

Luciano hubiera podido tal vez dedicarse largos años todavía á los trabajos intelectuales á que se habia condenado para aletargar su pensamiento, pero á condicion de encontrar en la calma de la noche, en un sueño tranquilo, un reposo reparador.

Mas ¡ay! sus noches eran todavía mas ocupadas, mas agitadas que sus dias.

El tiempo que no consagraba al trabajo, dedicábalo á su mujer.

Ya algunos precusores vértigos, varios espasmos, dolores de cabeza continuos, cierta debilidad de piernas; y varios sacudimientos nerviosos hubieran debido hacerle entrar en reflexion.

Pero no quiso tener en cuenta tan significativas advertencias, y siguió, sin la mas mínima modificacion, su espantoso género de vida.

La naturaleza se encargó de detenerle en el funesto sendero donde se estraviaba. (1)

Un dia, en el Tribunal, mientras peroraba con una elocuen-

(1) «Terribles son, dice el eminente Descuret en su obra inmortal: *La medicina de las pasiones*, terribles son los excesos del libertinaje. Cometidos despues de haber comido, perturban profundamente la economia, predisponen á graves alteraciones de estómago, y muchas veces originan apoplejias fulminantes; y por último, en los estados de enfermedad y de convalescencia, puede llegar á producir la muerte el despertar de los deseos venéreos, si están amortiguados, y el satisfacerlos, si persisten todavía.

La cronicidad es el carácter distintivo de las enfermedades ocasionadas por el libertinaje.

Casi siempre llevan el sello de una profunda alteracion, tanto de los líquidos, como de los sólidos.

Tales son las antiguas *gastritis* y *enteritis*, la *consuncion dorsal*, de que habló ya Hipócrates; las varias alteraciones del corazón, tan frecuentes hoy en dia: la *tisis pulmonar*, bajo todas sus formas; la interminable série de las afecciones cerebrales: la *apoplejia*, la *induracion*, el *reblandecimiento*, los *abcesos*, la *degeneracion cance-*